

ECOS DE FERNÁN CABALLERO EN UN ESCRITOR INGLÉS

por JOSÉ ALBERICH SOTOMAYOR

El siglo XIX fué pródigo en personalidades extrañas y pintorescas y una de ellas fue nuestra Fernán Caballero, o mejor dicho, Cecilia Böhl, de quien ha escrito en un reciente artículo mi buen amigo y compañero de Academia Joaquín Caro, que tal vez resulte más interesante por su vida que por su obra. Otra figura rara de esa centuria, aunque infinitamente menos famosa y menos artista que Fernán, fué el escritor y viajero inglés Augustus John Cuthbert Hare (1834-1903). De familia aristocrática por parte de madre y eclesiástica por el lado paterno –recordemos que los clérigos anglicanos se casan y tienen hijos, y a menudo muchos – Hare es un tipo victoriano cien por cien: solterón impenitente, currutaco, culto, buen conversador, un tanto «old-maidish», es decir, remilgado y redicho como una beata, nuestro hombre viajó mucho por toda Europa y conoció a gente importantísima y distinguidísima, pues su afición número uno era tratar a la aristocracia que se ponía a su alcance, fuese en el país que fuese. Gustaba de escribir biografías de señores piadosos de la buena sociedad, entre ellas la de su madre adoptiva, a la que adoraba; su propia autobiografía logró llenar seis tomos con más de 3.000 páginas en total, y constituye una cantera inapreciable, aunque tediosa, de datos sobre la sociedad de la época. Hare estaba en todas partes y conocía a todo el mundo. Por lo años de 1857-58 se encontraba en Roma y tenía invitación para asistir a las magníficas cenas que daba la

reina María Cristina, viuda de Fernando VII, y en 1872, en Gibraltar, se encuentra con un señor pequeñito de voz chillona, con quien entabla amistad y cena a menudo, pues están en el mismo hotel. Se trata del ex-rey Francisco de Asís de quien decía la musa popular que «es de pasta flora / y mea en cuclillas / como las señoras», pero a quien Hare encontró amable, bien intencionado, y «by no means an idiot».

Si no me equivoco, Hare escribió 22 libros de viajes, el más famoso de los cuales se titula *Walks in Rome* (1871), seguido de cerca por *Wanderings in Spain* (1873), que alcanzó ocho ediciones en muy pocos años y fue muy elogiado por la crítica inglesa. A nosotros no nos llama demasiado la atención, pues nos parece uno de tantos como deben casi más a la tijera que a la pluma; están confeccionados a retazos, sacándole un párrafo a Richard Ford, unos datos a la guía de O'Shea, una descripción a las *Cartas* de Blanco White, etc, etc. Tiene cierto interés de época, pues Hare viajó por la Península durante el corto reinado de Don Amadeo I y pudo presenciar cosas bastante insólitas, como por ejemplo un carnaval sevillano con máscaras vestidas de monjas y otras que ridiculizaban al Papa y al mismo aborrecido «rey italiano».

Los románticos ingleses solían decir que para preparar el viaje por España no había más que leer el *Quijote* y el *Gil Blas* de Lesage, pues el país apenas había cambiado desde el siglo XVII; era una sociedad arcaica, «embotellada para los anticuarios», como la calificaba Richard Ford. Hare no deja de recomendar la lectura de Cervantes y del *Gil Blas* (aunque traducido éste por el P. Isla; para practicar la lengua), pero añade las obras y autores señeros de la literatura española y —lo que es más asombroso— recomienda algunos escritores contemporáneos suyos, especialmente las novelas históricas de Telesforo de Trueba (escritas y publicadas en inglés), lo que él llama «the little novels and poems» de Gustavo Adolfo Bécquer —es decir, sus *Rimas y leyendas*— así como —son palabras suyas— «sobre todo la inagotable riqueza de hermosas estampas literarias que nos brindan las narraciones de Fernán Caballero, y en las que se recoge tanto, se revela tanto, y se nos enseña tanto que apenas resulta posible reconocer nuestra deuda para con ellas». Los tiempos son otros: si los viajeros ante-

riores se contentan con el *Quijote* y el *Gil Blas*, porque creen que España no ha cambiado, ahora Mr. Hare, que ha llegado en tren y que encuentra por todas partes ruinas de conventos, cree que el vapor y la desamortización están cambiando al país demasiado deprisa, y que lo están «uniformizando». Es necesario, pues, salvar literariamente lo popular y lo tradicional, antes que desaparezcan, como llegaron a creer los mismos costumbristas españoles, entre ellos Fernán Caballero, que alude obsesivamente a los caminos de hierro y al liberalismo como los dos grandes factores de destrucción de la España antigua, la que ella querría preservar a toda costa. La sintonía de nuestro inglés con Bécquer y con Fernán es, pues, fácilmente explicable.

¿Cómo descubrió Hare los escritos de Cecilia Böhl? Ésta vivía aún cuando Hare pasó por Sevilla en el invierno de 1872, y hacía poco que había abandonado su vivienda del Patio de Banderas, obligada por la Revolución, pero no nos consta que el inglés llegase a visitarla, y, en todo, caso, si lo hubiese hecho, habría sido porque ya la conocía como escritora y sentía curiosidad por su persona. ¿Había leído alguna de las narraciones traducidas al francés —o tal vez retraducidas, ya que algunas se escribieron en esa lengua— por Germand de Lavigne? Hare era hombre culto y al día en cuestiones literarias, así que bien pudo ser. Cabe la remota posibilidad de que le hubiese hablado de la escritora el rey consorte Francisco de Asís, gran admirador de las novelas de Fernán y el principal responsable —según Santiago Montoto— de que se le concediese habitación en el Alcázar. Pero lo más probable es que su iniciadora fuese Doña Emilia Gayangos de Riaño, hija del célebre arabista, mujer bilingüe y cultísima que sirvió de guía al escritor inglés cuando éste pasó por Madrid.

Sea como sea, fijémonos en la última frase de la corta cita leída hace un momento, donde asegura Hare que su deuda para con Fernán es enorme e imposible de agradecer en justicia. ¡Claro que sí! Como que basta hojear su libro para descubrirlo salpimentado de cantos populares españoles que su oído de inglés poco avezado a nuestro idioma no podía registrar por sí mismo. Todos proceden de las colecciones folklóricas de Cecilia Böhl, trátense de unos villancicos supuestamente escuchados en Pamplona, de un rosario de la aurora en Orihuela, de unas coplas nocturnas

en la judería de Córdoba, o de unas nanas que las niñeras gaditanas tararean en la alameda de Apodaca. Dé lo mismo: los cantares del pueblo andaluz sirven para toda España y representan a la totalidad del folklore español —palabra ésta, *folklore*, que no recuerdo haber leído en ningún autor inglés antes de Hare.

Ahora bien ¿porqué se deja llevar de la mano de Fernán este viajero tan snob y remilgado? ¿Qué le hace valorar tan alto lo que canta el pueblo español? Permítanme una pequeña digresión sobre este concepto tan resbaladizo y tan impreciso: el pueblo.

El pueblo es una invención del siglo XVIII tardío y aún más del XIX. Y es una invención extranjera que los españoles acaban por aceptar, como tantas que les venían de fuera: la imagen demoníaca de Felipe II, la supuesta fé democrática de los Comuneros, lo maravilloso de la civilización arábigoandaluza, etc, etc. En el 1800 hay muy pocos escritores españoles que hagan una pintura halagüeña del pueblo. Ahora solo recuerdo a Don Ramón de la Cruz y a González del Castillo. Los espíritus ilustrados, lo que hay llamaríamos «la progresía», lo detestan. Moratín hijo aconseja a los dramaturgos en ciernes que saquen sus personajes y sus asuntos de la vida de la clase media y que no caigan en la tentación de «hermosear con matices lisonjeros las costumbres de un populacho soez, sus errores, su miseria su destemplaza, su insolente abandono. Los costumbristas más destacados siguen en la misma línea: Mesonero Romanos insiste en que la clase media es el campo principal de su arte ya que «la del pueblo bajo... es semejante en todas partes por la falta de luces y de facultades». Y no digamos Larra, tan invocado por los izquierdistas actuales, para quien todos los criados eran codiciosos y brutales, los camareros sucios e impertinentes, los «castellanos viejos» de clase modesta insoportablemente maleducados, y el pueblo en general «una multitud indiferente a todo, embrutecida y muerta por mucho tiempo para la patria, porque, no teniendo necesidades, carece de estímulos».

En cambio los viajeros extranjeros que discurren por la España fernandina e isabelina se hacen todos lenguas de las virtudes del pueblo. Norteamericanos como George Ticknor y Slidell-Mackenzie, ingleses como Disraeli, Ford o Borrow, escoceses como Dundas Murray, franceses como Gautier o Mérimée, coinciden en

alabar la honradez, la lealtad, la ingeniosidad y la simpatía de los campesinos, los arrieros, los cazadores furtivos, los soldados, los miguelotes, los contrabandistas con que se tropiezan en sus viajes. Suelen ponderar así mismo su sobriedad y resistencia física, su falta de vicios graves, la forma respetuosa y familiar a un tiempo en que tratan a sus amos, en suma, un sinfín de cualidades y virtudes que, por el contrario, escasean según ellos entre los profesionales, los propietarios y los eclesiásticos, es decir, esas clases medias que tal vez no conocían tan a fondo porque las exigencias del viaje no les ponían en contacto con ellas, o al menos no con la misma frecuencia.

Bien, me dirán Uds., pero estos testimonios de viajeros no son literatura, no responden a modas intelectuales de la época; son, por el contrario, resultado de una experiencia directa. Y yo les respondo: 1) Sí son literatura. Los viajeros se copian unos a otros, han leído cada uno sus libros favoritos sobre el país, vienen con sus prejuicios, determinados por su nacionalidad y su religión. Además todos sufren en mayor o menor grado el síndrome que Arthur Koestler llama «worship of the proletariat», y que no es sólo un fenómeno marxista, sino una constante cultural que se manifiesta en la idealización pastoril, en el mito del buen salvaje, etc, etc. 2) Aún cuando sea un testimonio basado en la realidad, es un testimonio selectivo, es decir, a la hora de las alabanzas los viajeros se olvidan de otros rasgos del pueblo no tan favorables y que ellos mismos han consignado en otras partes de sus libros. Elogian la honradez de los nativos en un país infestado de bandoleros y de contrabandistas y donde los campesinos de ciertas zonas suplementaban sus ingresos legítimos atracando cuando podían a los viandantes indefensos. Casi todos los extranjeros de la época se quejan de la insolencia y la tiranía de los pequeños funcionarios, consumistas, gente de alpargata con una pequeña dosis de autoridad, que ellos agrandaban para hacer necesarios el soborno y la humillación. No hay más que consultar las estadísticas que dá Madoz en su *Diccionario geográfico* para ver los escalofriantes datos de mortalidad por arma blanca correspondiente a Sevilla o a Madrid. Todo ello en el marco de la crisis social y política en que se empieza a hundir el antiguo régimen, con el resultado de una anarquía en que el pueblo llano, que es el que tiene menos que perder,

campa por sus respetos con una libertad jamás conseguida después ni antes, excepto tal vez en el lado republicano durante la última guerra civil. Mérimée lo comprobaba con asombro cuando escribía que los campesinos adoraban a Fernando VII y los grandes señores le detestaban, pues el régimen fomentaba «los malos instintos de la canalla» y no tenía más que suspicacias y molestias para los que usaban levita. Era la época en que había que viajar vestido de majo para no llamar la atención en las ventas, ni atraer a los ladrones en los caminos; en que llevar sombrero blanco o gris claro le hacía a uno sospechoso de ser masón o, por lo menos, liberal; en que, como escribe un exiliado español, «cualquier rufián, sólo por ser voluntario realista, se creía con derecho a exigir nuestro pasaporte, que más de una vez vimos que era incapaz de leer, y, después de mirarlo y mirarnos con la mayor atención, nos le volvían con una mirada de desprecio a nuestras levitas y corbatines». En una palabra: era la época más democrática que ha habido nunca en España.

En este contexto histórico hay que situar la vida y la obra de Cecilia Böhl, la cual, educada en Alemania y en una escuela francesa, comienza por absorber las incipientes nociones románticas del *Volksgeist* y de la musa popular bajo la moda de Goethe, los hermanos Schlegel y los hermanos Grimm. Su madre, Doña Frasquita Larrea, es traductora de Byron y ha conocido a Mme. de Stäel. Su padre es un gran erudito y coleccionista de poesía tradicional y popular. Se dá además la circunstancia de que la Europa romántica no sólo cree en el genio del pueblo en abstracto, sino específicamente del pueblo español, autor de la hazaña inaudita de rebelarse contra el formidable poder de Napoleón. El guerrillero se pone de moda en la pintura y en el grabado, y una poetisa inglesa hoy olvidada, pero entonces muy leída, Mrs. Hemans, escribe interminable poemas sobre las guerrillas, el cerco de Valencia, y por extensión el Cid, los Abencerrajes y otras españoladas. Fernán misma, defendiendo ante su traductor francés un romance sobre guerrilleros, le escribe así: «Muy necesario es dejar al pueblo la gloria y el recuerdo de esta guerra patriótica y heroica, ya que la alta clase o la olvida, o la desprecia, o la deplora». Y otra vez, dirigiéndose a ese mismo corresponsal, insiste en que su interés por lo popular es –todavía– cosa de extranjeros:

«Creedme, señor, no hay más que yo en España que pueda escribir estos cuadros populares... asunto muy impopular en nuestro torbellino democrático, el cual adula y desprecia al pueblo, se burla de sus sufrimientos y reniega de la nacionalidad y del pasado».

Muchos viajeros ingleses observan en las clases populares españolas una vivacidad, un ingenio y gracejo que faltan casi por completo en las clases trabajadoras de Gran Bretaña, y suelen atribuir esta diferencia a que nuestra gente vivía mayoritariamente de la agricultura y de las labores artesanales más sencillas, mientras que, en Inglaterra, el inhumano ritmo de trabajo de las minas y los telares embrutecía a los obreros y los convertía en poco más que máquinas. Esta observación la hace, por ejemplo, Ford al notar el aire aburrido y apático de la gente de Alcoy, que ya tenía sus fábricas de papel de fumar. Y yo creo que tenían razón. Cecilia Böhl, después de pasar su adolescencia en Alemania, en un ambiente lingüístico extranjero tan decisivo que le haría luego redactar sus novelas en francés o alemán, descubre al volver a España —y sobre todo al medio recluírse en Dos Hermanas, precisamente durante la llamada década ominosa— esa riqueza conversacional y fabuladora de los andaluces. Ella cierra los ojos a sus defectos, y en especial a la indisciplina de los tiempos; éstas son cosas de la política y sobre todo de los liberales —entre los cuales, aunque moderado, está su marido, Arco-Hermoso— es decir, de los que imitan lo francés, no de los verdaderos españoles. Larra diría que la España de su tiempo —una minoría liberal tratando de arrastrar a una masa conservadora— era como un caballo pura sangre tirando de un pesado carromato. Cecilia prefería el carromato y dedicó todas sus dotes de escritora a construir —en sus propias palabras— «ensayos sobre la vida íntima del pueblo español, su lenguaje, sus creencias, cuentos y tradiciones». Tal vez lo hizo —como observó don Juan Valera— con un «afectado y exótico sentimentalismo que no se estila entre nosotros, que es menos andaluz que tudesco», pero, al fin y al cabo, su laboriosidad y su pureza de intenciones lograron triunfar y oscurecer sus defectillos. Fernán Caballero abrió el camino a folkloristas posteriores más exigentes —como «Demófilo» o Rodríguez Marín— e incluso llegó a tocar el corazón de ese inglés currutaco, pedante y snob que se llamaba Augustus Hare.